

Michel-Ives Bolloré y Oliver Bonnassies, *Dios, la ciencia, las pruebas: El albor de una revolución*. Madrid, Funambulista, 2023, edición de e-Book.

El libro de Michel-Ives Bolloré y Oliver Bonnassies, *Dios, la ciencia, las pruebas*, constituye indudablemente, una lanza a favor de la racionalidad de la fe, particularmente oportuna para el momento de escepticismo y descreimiento generalizado que caracteriza a la cultura contemporánea. Es, a la par, ambicioso y políticamente incorrecto, por lo que su lectura y difusión adquieren un cariz desafiante.

El texto simplemente se limita a sacar las consecuencias de lo que actualmente conocemos sobre cosmología y biología. Asienta, muy claramente, los presupuestos filosóficos posibles para enmarcar este cúmulo de conocimientos: la opción materialista, por un lado, y la teísta por otro. Describe con gran lucidez las implicaciones de las lecturas materialista y teísta de los conocimientos científicos sólidamente asentados que poseemos, concluyendo, finalmente, que resulta una opción más racional y simple apostar por la interpretación teísta.

Se introduce, además, en terrenos «borrascosos», más allá del amparo de las ciencias duras, cuando analiza con detalle tres fenómenos históricos: Jesús, el pueblo judío y el milagro de Fátima. Abandona la seguridad que ofrecen las ciencias fuertes, para dar paso a un análisis histórico, que sustenta suficientemente la singularidad absoluta de Jesús y del Pueblo Elegido. Digamos que son realidades que estaban ahí, pero el libro tiene el enorme mérito de hacernos conscientes de su presencia y de la envergadura de sus presupuestos y consecuencias.

La edición española cuenta con dos prólogos. El original, de la edición francesa de 2021, firmado nada menos que por Robert W. Wilson, premio Nobel de Física 1978, que descubrió la radiación cósmica de fondo de microondas del universo (CMB), es decir, la prueba empírica del *Big bang*. No dejan de ser oportunas sus palabras al principio de esta obra, que busca sacar todas las consecuencias filosóficas posibles de esa teoría, y estudia con detenimiento la oposición científica y política que experimentó, precisamente por sus consecuencias teístas. El segundo prólogo, para la edición española, está firmado por Elvira Roca Berea, que aborda el problema del libro partiendo de su extraordinario éxito en Francia –país en el que se publicó originalmente–, y desde los presupuestos históricos, en los que ella es

especialista. Digamos que ambos prólogos complementan muy bien las dos partes del libro: la científica y la histórica.

El mérito del texto consiste, quizá, en su telón de fondo: ofrece el fruto maduro de compaginar ciencia y filosofía. Es decir, su gran acierto es aplicar la interdisciplinariedad. Con los abundantes datos que nos proporciona la ciencia actual sobre el origen y el destino del universo, elabora filosóficamente, argumentos contundentes para concluir como demostrada la existencia de Dios, siempre que uno no esté atrincherado detrás de presupuestos ideológicos inconfesados.

El libro «comienza desde el principio», valga la expresión, explicando qué es una prueba, cuáles tipos de pruebas existen, y cuáles va a utilizar en su demostración. Ahora bien, para no dar lugar a equívocos —el libro lo deja ver veladamente—, se trata de una demostración filosófica, basada en datos científicos. No se trata, propiamente hablando, de una demostración científica de la existencia de Dios —como equivocadamente pudiera algún lector pensar—, pues el método científico no es pertinente para demostrar la existencia de Dios, dado que se circunscribe a lo material, mientras que la realidad de Dios es espiritual. Este sería el límite que personalmente veo en el texto: induce a pensar que la existencia de Dios está científicamente demostrada, lo que no es correcto; está filosóficamente demostrada con base en premisas aportadas por la ciencia.

El texto goza de una curiosa y original estructura, amalgama de materiales diversos, de desigual valor. Por lo tanto, el libro se mueve en diferentes niveles, todos ellos orientados a concluir, con diferentes métodos, que Dios existe. Divide el texto en dos partes: *Pruebas vinculadas a la ciencia* y *Pruebas al margen de la ciencia*. Una de sus aportaciones fundamentales es, en consecuencia, mostrar cómo las pruebas científicas e históricas confluyen para demostrar, filosóficamente —es decir, racionalmente— que Dios existe. El presupuesto implícito de sus conclusiones es que la razón no se circunscribe estricta y únicamente al ámbito científico, sino que está abierta a un mayor espectro de la realidad. Ello significa que, quienes están atrincherados en posturas científicistas y neopositivistas, no aceptarán las conclusiones. Sin embargo, el mismo entramado de la argumentación del libro, muestra cómo dicha postura —materialista—, no es la más lógica ni coherente. Resulta más racional y sólido apostar por la existencia de Dios.

¿Cuáles serían las pruebas vinculadas a la ciencia? Son diversas, con diferente valor y contundencia: la muerte térmica del universo, el *Big bang* y la cosmología, el *Principio Antrópico* y el ajuste fino del universo, el enigma de la vida o el salto vertiginoso de lo inerte a lo vivo. Personalmente, la prueba que me resultó más novedosa —no la conocía anteriormente, a diferencia de las demás— es la «demostración matemática de la existencia de Dios». Nuevamente se trata de una conclusión filosófica apoyada en cómo las matemá-

ticas abstractas — como las geometrías no euclidianas — permiten explicar diversos fenómenos del universo. Es decir, son la prueba práctica de que el universo está impregnado de una racionalidad intrínseca y de que, a su vez, el universo no puede haber existido desde siempre. Necesita absolutamente un comienzo.

Dentro del ámbito de la ciencia, a su vez, es muy enriquecedora la investigación histórica que los autores realizan. Ponen en evidencia, por ejemplo, cómo la *Teoría del Átomo Primitivo* — rebautizada más tarde con el nombre de *Big bang* —, fue rechazada fuertemente en el ámbito científico, por los prejuicios antirreligiosos de algunos científicos prominentes. Muestra incluso, cómo los científicos que la defendieron sufrieron una auténtica persecución violenta, tanto en la Alemania nazi como en la URSS comunista. Pone en evidencia cómo los científicos buscaron, una y otra vez, sin éxito, alternativas al *Big bang*, por considerarlo favorable a la explicación teológica cristiana sobre el origen del universo. Este episodio, suficientemente documentado por los autores, muestra cómo la ciencia no ha sido inmune, de hecho, a influencias políticas y prejuicios ideológicos.

Ahora bien, un límite en esta argumentación, que los autores no mencionan, es que Georges Lemaître, el creador de la «Teoría del Átomo Primitivo» o *Big bang*, no estaría de acuerdo en afirmar que su teoría demuestra científicamente que Dios existe. De hecho, él, siendo presidente de la *Pontificia Academia de las Ciencias*, corrigió al Venerable Pío XII que, en un discurso a dicha academia, pronunciado el 22 de noviembre de 1951, titulado «Las pruebas de la existencia de Dios a la luz de la ciencia natural moderna» sugería que el avance científico — refiriéndose implícitamente a la teoría de Lemaître — apuntaba a la idea judeocristiana de Creación en el tiempo. Lemaître le hizo saber al Pontífice, que su teoría científica era eso, una teoría, no una verdad teológica. Las teorías científicas son revisables, modificables e incluso desechables, mientras que las verdades teológicas no lo son. Le explicó, además, que cuanto más nos acercamos al inicio absoluto, menos conocemos las condiciones y las leyes que en ese momento eran vigentes. Por lo que la teoría deja siempre un ámbito de indeterminación y, por lo tanto, es provisional, a diferencia de una verdad teológica revelada, que se muestra segura e inmutable en sí misma.

La conjunción del *Big bang* con el *Ajuste Fino del Universo* o *Principio Antrópico*, inducen a pensar, racionalmente, que el universo tiene por lo menos un objetivo: el surgimiento, en alguna etapa de su desarrollo en el espacio-tiempo, de unas criaturas conscientes, capaces de conocerlo. Algunos científicos perciben esta posibilidad y elaboran una «escapatoria materialista». Esta sería la hipótesis de los «multiuniversos». De esa forma, nuestro privilegiado universo sería sólo una posibilidad estadística en un infinito, o por lo menos enorme, número de universos posibles. Sin embargo, los au-

tores, además de señalar que la hipótesis del «multiuniverso» no es propiamente científica, en el sentido de emplear una conjunción entre matemáticas y experimentación —se sirve exclusivamente de las matemáticas, no hay, por lo pronto, experimento posible que la pueda demostrar o rebatir—, nos ponen al tanto del Teorema Borde-Guth-Vilenkin (o «BGV»), según el cual, incluso con la hipótesis de los «multiuniversos», no podemos escapar a la alternativa de un inicio absoluto de los mismos.

El libro concluye su parte científica, con una colección de cien citas de prominentes científicos y pensadores, autoridades de cosmología, física, química, biología, matemáticas y filosofía de la ciencia, que respaldan la idea de que Dios está en el origen del cosmos. También hace un breve, pero interesante repaso, en las diversas encuestas que se han realizado sobre las creencias de los científicos y, finalmente, ofrece dos breves capítulos sobre las creencias de Einstein, quizá el físico más importante de la historia y Gödel, uno de los matemáticos más importantes del mundo contemporáneo.

La segunda parte del libro se sirve de otra metodología, fundamentalmente histórica. Le dan la vuelta a un argumento muy manido en la apologetica reciente: «la Biblia no nos dice cómo es el cielo, sino cómo llegar al Cielo» (Galileo). Invierten el punto de mira y ahora muestran un interesante número de verdades inalcanzables —o difícilmente adquiribles— sobre el cosmos y el hombre, que los hebreos primero y los cristianos después, conocemos gracias a la Biblia. Comparan ese alto nivel de conocimiento, con la mísera realidad del pueblo hebreo al formularlas y con el desarrollo de los conocimientos que tenían las grandes culturas e imperios que los rodeaban. Es decir, ponen esas verdades en el contexto en el cual surgieron, mostrando cómo resulta inexplicable, sin recurrir al auxilio divino, el que los judíos las poseyeran.

Algo análogo hacen con la figura de Jesús. Muestran las posibles opciones que tenemos para acercarnos a su vida y sus enseñanzas: nunca existió, fue un gran sabio, un loco o un iluminado, un aventurero fracasado, un profeta, el Mesías como hombre extraordinario, pero sólo hombre o, finalmente, el Mesías, Hijo de Dios hecho hombre. Va analizando cada una de esas posibilidades hasta concluir cómo, la más coherente y lógica racionalmente, es la última postura. Explícita, en ese proceso, un importante argumento apologetico: la realidad de la Iglesia, su asombroso y rápido desarrollo a lo largo del Imperio Romano y más allá, no se explica si Jesús fue únicamente un predicador fallido, que terminó crucificado, es decir, padeciendo la muerte más violenta e ignominiosa que se podía sufrir en aquella época. La realidad de la Iglesia, al final del siglo I, no es consistente con sus artífices inmediatos: los once apóstoles —Judas traicionó a Jesús—, en su mayoría pescadores e iletrados, provenientes de un rincón miserable del Imperio. En resumen, sólo se puede explicar racionalmente la realidad de la Iglesia si en

su origen hubo un suceso de carácter sobrenatural, como el que nos narran los evangelios, en concreto, la resurrección de Jesús y la venida del Espíritu Santo.

Una parte del texto que, a juicio personal, no goza de la misma certeza y contundencia de las anteriores, es cuando los autores se ponen a interpretar algunas profecías de Jesús, explicando cuál sería su cumplimiento histórico. Lo mismo hacen con otras profecías, referentes al pueblo judío, y el cumplimiento histórico que, según los autores, se verificaría en la historia reciente del Estado de Israel, y que vendrían a consistir en algunas de las señales del final de los tiempos. Digamos que, normalmente, la exégesis católica suele ser mucho más prudente a la hora de atribuir cumplimientos concretos a profecías presentes en la Escritura. Siempre deja las puertas abiertas a otras interpretaciones posibles y futuras. En este rubro, salta a la palestra el hecho de que los autores, muy autorizados en el ámbito científico, no lo son tanto en el marco exegético. Sin embargo, las explicaciones que aventuran no dejan de ser sugerentes e interesantes, aunque, repito, no poseen la misma contundencia que el resto de sus afirmaciones.

Por último –y constituye una aportación muy original del libro–, los autores concluyen analizando el «milagro del sol» verificado el 13 de octubre de 1917, que venía a confirmar la autenticidad de las apariciones marianas en Fátima, Portugal. Nuevamente hacen un elenco de seis posibilidades, y van descartando, con argumentos pertinentes y pruebas documentales, cada una de ellas, hasta quedar con la explicación sobrenatural del milagro, como la única racionalmente atendible y convincente. Dejan pasar, sin embargo –no lo mencionan– el hecho, también milagroso, de que la tierra, después del «milagro del sol», estaba totalmente seca, cuando, inmediatamente antes, estaba absolutamente empapada, debido que previo al milagro había llovido durante horas en ese lugar.

El libro concluye, muy atinadamente, con la afirmación de que el materialismo es una creencia irracional. Tomadas en serio todas las pruebas que han desarrollado a lo largo del texto, no queda sino concluir que la opción materialista no es fruto de la inteligencia, sino de la voluntad, que prefiere no creer. Es decir, constituye una apuesta por la irracionalidad, y no se trata, propiamente hablando, de un conocimiento sólidamente asentado, sino de una creencia, análoga a la creencia en la no-existencia de Dios, característica del ateísmo. Algo que no se puede demostrar, y que me pide ignorar toda la evidencia a favor que poseo. Por eso el libro, consciente de su valía, termina prácticamente con un desafío a cuestionar la racionalidad de la urdimbre con la que han sido sólidamente entrelazados los diversos argumentos y las distintas metodologías que concluyen con la afirmación sencilla de que sí, Dios existe.

Dios, la ciencia, las pruebas: El albor de una revolución (Mario Salvador Arroyo Martínez Fabre)

Los anexos del libro son también de gran valor. Los autores nos ofrecen, sucesivamente, una interesante cronología de los sucesos históricos — científicos o no —, que aparecen a lo largo del texto. Luego una curiosa lista de los diferentes órdenes de magnitud física, desde lo cuántico a lo relativista. Añade también una interesante enumeración de diversas magnitudes biológicas. A ellos se añade un glosario, donde se encuentran las definiciones de los términos técnicos usados en el libro, un índice onomástico, un índice de materias y, por último, diversos testimonios sobre el valor y la importancia del presente libro. Es decir, los autores pisan fuerte y ofrecen la impresión de haber alcanzado un éxito apabullante en su intención de dejar sentado, fuera de toda duda racional, el hecho de que Dios existe. La versión digital cuenta, además, con un enlace: www.dioslaciencialaspruebas.com para ahondar en la información recibida y conocer a los autores y expertos consultados en su elaboración.

Mario Salvador Arroyo Martínez Fabre